

tantismo señalar como desertores de su causa á aquellos humanistas que, como Erasmo, criticaban la práctica mal entendida de las ceremonias y exterioridades del culto y la conducta inmoral y liviana de los clérigos, y al mismo tiempo se mantenían apartados del partido protestante; pero no consideran que estos descontentos deseaban una reforma purificadora general y estaban muy distantes de contribuir á la formación de una secta que á su modo de ver era un nuevo peligro para la Iglesia general y alejaba mas que nunca toda esperanza de reforma. Por esta razón aquellos genios liberales é independientes se mostraron adversarios de la nueva secta y atacaron con ira y befa á sus prohombres. Estos ataques son muy frecuentes en las cartas y otros escritos de Erasmo, á contar desde el año 1522, y mucho mas en sus escritos filosófico-teológicos posteriores, como en la titulada: *De libero arbitrio*, publicada en 1526, y en la *Hyperaspistes*, impresa en 1527. En ambos escritos defiende Erasmo la bondad innata en el hombre y su libre albedrío, contra Lutero, que negó este último apoyando su opinión en las razones principales siguientes: 1.ª La incompatibilidad del libre albedrío con la Divina Providencia, con el poder del diablo sobre el hombre y con el pecado original, que inclina al hombre irremisiblemente hacia el mal. 2.ª El hecho de que los gentiles participaron de la divina gracia sin mérito suyo, mientras los judíos, á pesar de sus esfuerzos para ser justos, fueron injustos; y 3.ª Que la muerte de Jesucristo, consumada para salvarnos, habria sido inútil si el hombre pudiese llegar á alcanzar la perfección solo por sus esfuerzos propios. Erasmo en los citados escritos rebatió las razones de su contrario, fundándose en la bondad innata de la naturaleza humana, en la posibilidad de mejorarse, sin perjuicio de la presciencia divina, y en la intuición optimista que tenían los humanistas contra la pesimista de los reformadores. Respecto de los judíos dijo que si no se salvaron fué porque no comprendieron la esencia de la religión y la confundían con las prácticas exteriores.

Mucho trabajo costó á Erasmo sostenerse ileso entre la hueste católica fanática y la protestante. Para no contradecirse recordó alguna vez, si bien con toda precaución y prudencia, sus antiguas dudas sobre el misterio de la Trinidad, pero no sin protestar á cada paso de su ortodoxia católica. En cambio conservó su opinión escéptica respecto de la autenticidad y santidad de varios libros de la Biblia; criticó en los evangelistas la ignorancia de las leyes gramaticales, y sostuvo que muchas relaciones de la Biblia eran incomprendibles é insípidas si no se admitían como alegorías de un sentido mas profundo. Continuó considerando las ceremonias del culto como no esenciales, y á lo mas como signos visibles de la religiosidad del individuo, sin excluir el bautismo, que segun su opinión debia completarse, para ser eficaz, con una purificación y una santificación interiores.

Erasmo, Muciano, Reuchlin y Hutten deben ser considerados como los verdaderos jefes del humanismo alemán. Entre los primeros reinó siempre acuerdo, porque Muciano era modesto y ninguna importancia reclamó para sí. Respecto de Reuchlin estuvo Erasmo siempre tibio, porque su mérito, que reconoció, le causaba sin embargo envidia. Con Hutten riñó. En sus *Conversaciones familiares* hay una que lleva el epígrafe: *El soldado y el cartujo*. En ella disputa Hutten, que es el soldado, con el fraile, y ambos se echan en cara sus perversidades. En otra conversacion, titulada: *El matrimonio desigual*, habla del casamiento de una jóven con un hombre que está roído por una enfermedad fea é incurable, y cuyo único mérito es ser caballero noble. En ambas conversaciones se mofa Erasmo en cierta manera de la calidad noble de Hutten, pero en realidad la diferente índole

fué la que hizo incompatibles á estos dos genios, aunque la nobleza tuviera gran parte en la aversión que sentía el primero hácia el segundo, porque Erasmo era un hombrecillo, sin barba, de voz apenas perceptible y espantadizo, mientras Hutten era rudo, de voz áspera, barba cerdosa y aspecto guerrero. Hutten cuando andaba errante por el país llevando consigo todo cuanto tenia, se consideraba muy feliz si no le faltaban algunos libros, contando con la hospitalidad de los amigos en los pueblos donde hacia parada, porque le gustaba mas la independencia que la protección de los poderosos, á cuyo servicio solo se ponía en el último extremo. Erasmo, al contrario, buscaba y halagaba á los grandes, le gustaba enseñar, á los que le visitaban, sus grandezas, la multitud de cartas que le habían escrito sus amigos, los regalos que habia recibido de sus protectores opulentos y encumbrados, y cuando viajaba lo hacia con ostentación, para recibir las atenciones y homenajes de sus admiradores. Erasmo era autor de obras doctas que habían requerido tiempo, estudio, sagacidad y una laboriosidad perseverante. Era también cosmopolita; habia pasado su infancia en Holanda, su adolescencia en Francia é Inglaterra, y su edad viril en Alemania; no conocía mas patria que la república de las letras ni se sirvió en sus escritos de otra lengua mas que de la latina. En cambio Hutten era alemán y como tal se presentó en todas partes; se indignaba y avergonzaba de ver tratada su nación de bárbara, y tan pronto como hubo conocido que el movimiento humanista era la manifestación de una nueva era que se abría para la Alemania, escribió en alemán. Erasmo se creía un lumínar en el mundo intelectual, y aunque no dejaba de ser amante y fomentador de las letras, trabajaba en primera línea para su propia gloria; Hutten, por el contrario, trabajó casi siempre por causas grandes y por sus representantes, en favor de Sickingen y de la caballería alemana, de Reuchlin y del humanismo, de Lutero y de la reforma protestante.

Nuestras simpatías se inclinan al adalid valeroso, que si comenzó la pendencia con Erasmo fué porque era la parte ofendida, pues habiendo llegado de Alemania á Basilea, fugitivo, sin recursos, devorado por su enfermedad y casi moribundo, contando con la hospitalidad de Erasmo, recibió el doble desengaño de que este le rechazara por no hacerse enemigos y no exponerse á peligros, y de que en lugar de descansar tuviera que ponerse de nuevo en camino para buscar un asilo en otra parte. Irritado, escribió su *Expostulatio cum Erasmo*, á la cual este contestó con otro escrito, titulado: *Esponja para quitar las salpicaduras de Hutten* (*Spongia adversus aspergines Hutteni*), pero que dió á luz cuando este último habia ya muerto. En su acusación y reto ataca Hutten á Erasmo por su conducta en la causa de Reuchlin y de la reforma religiosa, cuyo partidario decidido fué al principio, y despues de citarle otras inconsecuencias é informalidades, concluye con un paralelo entre el papel lamentable que hacia entonces Erasmo y el brillante que hizo en otra época. Contra estas acusaciones bastó á este último citar la opinión que el mismo Hutten habia manifestado respecto de él en otro tiempo, á saber: que Erasmo era «el comentador mas laborioso y sagaz de la Biblia, el restaurador de la verdadera religiosidad, el exterminador de la superstición, el descubridor de las supercherías de los papas, el restaurador de las buenas costumbres antiguas, desfiguradas por innovaciones inspiradas por la ambición y la codicia, el apóstol é introductor de la libertad y el adversario de los opresores tiránicos de la cristiandad.» Estos timbres de gloria eran justos y las acusaciones de Hutten no podían empañarlos; pero no dejó por esto de tener razón cuando le acusó de inconsecuente y versátil, acusación de la cual se de-

fendió Erasmo muy pobremente, á pesar de su prolijidad verbosa. Tampoco pudo lavar la mancha de su inhospitalidad egoísta cuando rechazó de su puerta á aquel de quien sabia que tenia contados los dias de su vida. Por otro lado, quéjase Erasmo con razón en su defensa de que Hutten con su lenguaje violento excitaba contra él á los enemigos fanáticos de los nuevos estudios, y de que perjudicaba, por consiguiente, á la causa comun, ó sea el humanismo. Respecto de la religión, separa en su escrito la causa del Evangelio de la de Lutero, y dice que él quiere las reformas, pero pacíficas, por medio de la persuasión y de la prudencia, y no impetuosas y á la fuerza, conforme expresa en el siguiente programa religioso: «Que los protectores del partido evangélico obren con sencillez y prudencia; que no armen conspiraciones, que no publiquen libros para denigrar é insultar á los papas y á los príncipes, porque con esta conducta se hacen daño á sí mismos y contribuyen al elogio de aquellos á quienes atacan. Que las personas doctas, en lugar de desacreditar su fama de tales con diatribas ruidosas, se reúnan y zanjen las desavenencias y comuniquen con franqueza y lealtad confidencialmente al emperador y al papa, como si hablasen con Dios, lo que les parezca mas conducente al bien de la humanidad y á la mayor gloria del Redentor.»

CAPITULO XI

ULRICO DE HUTTEN

Ulrico de Hutten nació el 21 de abril de 1488 en el castillo de Steckelberg, patrimonio de su familia, noble pero pobre. Su padre destinó á su primogénito á la carrera eclesiástica, quizás para que remediara mas adelante la pobreza de la familia, y á este fin envió al niño, á la temprana edad de once años, á la vecina colegiata de Fulda. Allí estuvo estudiando el jóven Ulrico por espacio de seis años, hasta que un dia, en 1505, antes de que le obligaran á pronunciar ningun voto, abandonó furtivamente la mansion monacal, y con Croto Rubeano, que le habia facilitado la evasión, se dirigió á Colonia. Despues de seguir allí por algun tiempo sus estudios, marchó á Erfurt, y no recibiendo ningun auxilio de sus padres, tuvo que ganarse la vida como pudo para estudiar. Esta miseria y su espíritu inquieto le hicieron correr sucesivamente de una parte á otra y visitar las universidades de Francfort del Oder, de Leipzig, Greifswald y Rostock, estudiando principalmente humanidades, haciendo poesías y dando conferencias. Despues de los citados centros universitarios, se trasladó á Wittemberg y á Viena, sin poderse fijar, á pesar de todos sus esfuerzos, en ninguna de estas poblaciones. Corriendo mundo, perseguido por la miseria, pasó en 1512 á Italia, y se dedicó en Pavia al estudio de la jurisprudencia y de la lengua griega; pero con la toma de esta ciudad en el año siguiente por los suizos del papa, perdió Hutten lo poco que tenia. Entonces la falta de recursos le obligó á sentar plaza en las filas imperiales, pero las dejó al cabo de poco tiempo para volver á sus estudios. Estas miserias y el odio que cobró á la jurisprudencia por ser materia enteramente opuesta á su genio inquieto y poético, despertaron en él al hombre político y le inspiraron el desprecio á los grados académicos, al régimen eclesiástico y al poder invasor é insaciable del papado.

De regreso á Alemania fué laureado solemnemente como poeta por el emperador el 12 de julio de 1517, pero no hizo uso del derecho, que le daba esta distinción honorífica, de enseñar oficial y públicamente la facultad de artes, porque sabia que para maestro no tenia paciencia; y como una enfermedad terrible, consecuencia de sus excesos juveniles y

que el arte médico de entonces era impotente para curar, le imposibilitaba de abrazar la carrera propia de un noble, admitió para vivir un empleo en la corte arzobispal de Maguncia, donde se encontró tan bien que hasta pensó en casarse. El servicio del arzobispo le permitió tomar parte activa y fogosa en las luchas espirituales que agitaban entonces todas las inteligencias de Alemania, y el prelado, su soberano, vió en secreto con buenos ojos los ataques á la curia romana del jóven patriota alemán, al cual, segun ya dijimos en otra parte, confió una misión diplomática en la corte de Francia. Hutten tomó parte en la guerra de la confederación de Suabia contra el duque Ulrico de Wurtemberg, al cual habia jurado venganza por un asunto de familia. En esta campaña hizo conocimiento con Francisco de Sickingen, en el cual creyó hallar un poderoso auxilio para sus planes políticos, religiosos y literarios, ya que habian salido fallidas las esperanzas que habia fundado en el apoyo del emperador Carlos V, al cual habia dedicado escritos llenos de ardor patriótico, y de Fernando, á quien habia tratado inútilmente de atraerse en varias entrevistas personales. En otoño del año 1520 dió Sickingen hospitalidad en uno de sus castillos fuertes, donde el poeta patriota tradujo para él sus obras latinas, á fin de hacerle penetrar mejor sus ideas. Despues aparece Hutten por corto tiempo al servicio del emperador, para desaparecer de la escena unos cuantos meses y aparecer despues otra vez en un castillo de su amigo Sickingen, forjando con él proyectos de reforma de la clase noble de Alemania y del mismo imperio, pero perdiendo el tiempo de obrar, el vigor y la honra en guerras locales y otras empresas de merodeo contra la gente pacífica. La mayor de estas empresas fué la invasión del territorio de Tréveris, que costó la vida á Sickingen, y Hutten, su compañero, perseguido por el emperador, los príncipes y los prelados, y odiado del clero, tuvo que abandonar el territorio alemán y refugiarse en Suiza. Permaneció poco tiempo en Basilea, luego algo mas en Mulhouse, de donde pasó á Zurich, en cuyas cercanías está la isleta de Ufenau, donde sucumbió á últimos del mes de agosto del año 1523, pobre y abandonado en su enfermedad.

Su última carta, fechada el 15 de agosto, fué dirigida al alcalde y consejo municipal de la ciudad de Zurich, y tenia por objeto defenderse de las acusaciones que contra él habia lanzado Erasmo y enviado á la misma corporación. En esta carta dice entre otras cosas: «Quiero que se sepa que desde mi infancia jamás he faltado á lo que debe esperarse de un noble, piadoso y cabal caballero.» Con esta expresión retratóse todo el hombre, porque Hutten era noble, y como nunca olvidó lo que debía á su clase, no permitió tampoco que otros desconociesen los fueros sociales y políticos de la nobleza. Su lema era: «Sincero sin ostentación.» (*Sinceriter citra pompam*), al cual agregó despues este otro: «Ya está hecho.» (*Alea jacta est*).

Otros humanistas escribieron polémicas y tratados sobre cosas, para escribir y ponerse en evidencia, sin que el asunto les apasionase; pero Hutten solo podia escribir cuando la pasión le dominaba, y con mucha razón dice Strauss, su entusiasta biógrafo: «La ira desató el talento de Hutten; sus obras crecen en importancia con la ira que le causan las personas y los obstáculos que encuentra.»

Las primeras personas que excitaron su ira fueron los Lötze, en Greifswald. Henning Lötze, el hijo, era profesor de jurisprudencia en aquella universidad, y el padre, por recomendación suya, admitió al jóven Hutten en su casa y á su mesa, vistiéndole y tratándole en un todo como un miembro de su familia, y por ser noble, todavía con mas respeto y cortesía. No duraron mucho esta buena vida y esta con-

cordia, quizás por la diferencia de categoría, de carácter y de ideas entre el ciudadano patricio, partidario de la enseñanza antigua, y el caballero educado en todas las preocupaciones de la superioridad de su clase y de sus estudios humanistas. A tanto llegó la discordia al poco tiempo, que la familia Lötze intimó á Hutten que saliera de su casa y de la ciudad, y según refiere el mismo Hutten, fué luego atacado en la calle por los criados de la casa, que le despojaron de su ropa y libros, amén de las mofas y amenazas que le dirigieron. Medio desnudo llegó á Rostock, donde personas caritativas le ampararon. Apenas se vió en estado de manejar la pluma, escribió dos libros contra los Lötze, en los cuales se vengó de aquellos describiendo lo sucedido á su manera y dedicando los dos libros: *Quejas, en veinte poesías*, á sus nuevos amigos y protectores de Rostock. Al mismo tiempo acudió en queja al soberano de Pomerania, á sus consejeros, á la nobleza y á los literatos latinistas. Excitó á los nobles, y entre estos, especialmente, á los relacionados y emparentados con su familia, á que armaran una celada al viejo Lötze cuando fuera á la gran feria anual de Francfort del Oder, y le pusieran en lugar seguro hasta que él pudiese castigarle. En los versos dirigidos á los literatos de Rostock, Francfort, Erfurt, y de todas las partes de Alemania que había visitado, excita á todos, y especialmente á Reuchlin, á quien llama gloria imperecedera de su ciudad natal, á hacer la guerra á los Lötze, que según les dice eran enemigos de todos ellos, porque lo eran de las letras latinas y del estudio de los autores clásicos.

Denunciados así al odio de toda la Alemania, parece que los Lötze no hicieron caso alguno, ni tampoco los nobles ni los literatos; los primeros, muy al contrario, prosperaron mas que antes, los demás tenían otra cosa que hacer mas que complacer á Hutten; y hasta se perdió la colección de las veinte poesías, cuya publicación á principios de este siglo fué celebrada como un gran descubrimiento literario.

Hutten conocía bien los autores latinos antiguos y se complacía citando pasajes de sus obras. El latín que escribía era claro, á veces hasta elegante, y sobre todo vigoroso y original. Escribió también, siguiendo el ejemplo de otros humanistas, un manual del arte de hacer versos, y manejaba la prosa magistralmente, sobre todo en aquellos géneros que requieren mas originalidad y carácter individual, como cartas, discursos y diálogos. No gustaba de ocuparse en largos tratados y obras doctas, ni tampoco en panegíricos ampulosos que cambiando nombres á todo se aplicaban entonces; prefería el ataque y la defensa de personas y cosas, como el *Nemo*, que ya conocemos, en el cual rebaja á los graduados universitarios y á los que despreciaban el estudio de los clásicos latinos; las *Cartas de los hombres oscuros*, en cuya redacción tuvo gran parte; el *Triunfo de Reuchlin*, que se le atribuye, también con razón, y finalmente, su último escrito contra Erasmo, dirigido al alcalde y municipio de Zurich.

En todos estos escritos habla Hutten como ofendido y como defensor de las ideas humanistas, de su persona y de sus amigos. En otro escrito, que es una carta á Pirkeimer fechada en 25 de octubre de 1518, explica su amor al estudio y manifiesta su esperanza y entusiasmo por la propagación del cultivo del latín y del griego en Alemania. El opulento y sabio patricio de Nuremberg había dado lugar á esta carta con sus observaciones sobre el diálogo de Hutten que trata de la vida cortesana, y sobre la resolución del autor de aceptar un cargo en la corte de Maguncia. En su citada epístola compara Hutten la diferente posición social de ambos; el ciudadano rico de Nuremberg, dice, puede retirarse del barullo de los negocios y cargos públicos, para saborear plácidamente la tranquilidad y los placeres domésticos; pero no así el noble

pobre, que no solamente quiere vivir sino dedicarse á estudios literarios. El hombre de la ciudad, sabedor de sus privilegios, mas evita que busca el contacto con los príncipes, mientras el noble pobre necesita el apoyo de un poderoso, cuanto mas que el afán de arrimarse á los grandes es un carácter distintivo de los humanistas en general. Lo mas interesante de la epístola es la apología entusiasta que el autor hace en ella de sus estudios favoritos. Allí ostenta su cualidad de noble y se ríe de los necios de su clase que creen que los estudios envilecen al noble que se dedica á ellos.

El suceso que arrojó á Hutten, el humanista, á la vida política fué el siguiente. Juan de Hutten, hijo de un primo de nuestro héroe, era caballero mayor y favorito del duque Ulrico de Wurtemberg cuando se casó con una mujer que había tenido relaciones con el duque, relaciones que este creyó poder continuar después del matrimonio; y oponiéndose á ello el recién casado, acudió el enamorado duque á las súplicas y hasta rogó al esposo de rodillas que consintiera en lo que le pedía. Juan Hutten, sorprendido de una humildad tan fuera de las costumbres de la época, no supo guardar el secreto, y fuese por indiscreción ó para pedir consejo, lo contó á otros, y estos lo fueron á decir al duque, el cual increpó tan duramente á Hutten que este no se creyó ya seguro cerca de su soberano. Así, pues, solicitó ser trasladado á otro destino, y cuando esto le fué negado, pidió licencia para visitar á un pariente, lo cual también le negó el duque. Este le trató entre tanto con mucha amabilidad, y un día, el 7 de mayo de 1515, mandóle que le acompañase á Böblingen. En el camino, al atravesar un bosque, alejose con él del resto de la servidumbre y lo asesinó bárbaramente.

Al saber el hecho la familia de la víctima, reunieron sus miembros, dispersados por toda aquella parte de Alemania, y tuvieron varias conferencias para decidir la conducta que habían de observar, y por resultado de ellas presentaron sus quejas á los Estados del ducado y al consejo del imperio. El alma de todo esto fué Ulrico de Hutten, que dió noticia del crimen á toda la Alemania en cinco discursos que publicó, desde 1515 hasta 1519, en los cuales pintó al asesino como un monstruo abominable, á la víctima como un dechado de virtudes, y á la esposa del duque, que había abandonado á su marido por otros motivos, como un ángel de luz, sin que ninguno de los citados mereciera las calificaciones exageradas que les dió el poeta. Este excitó al emperador, á los parientes de la duquesa, los duques de Baviera, y á los súbditos del asesino, á vengar el crimen. El emperador, en efecto, le citó ante sí para que se defendiera, y como no se presentara, le declaró fuera de la ley, sin que le valiera una defensa llena de mentiras que hizo presentar por escrito. Sin embargo, al poco tiempo consintió el emperador en revocar la sentencia en cambio de una indemnización en dinero y de la instalación de una regencia por seis años, durante cuyo tiempo continuaría el duque incapacitado de gobernar sus Estados. Como nada de esto cumplió el duque, y al contrario, añadió crímenes nuevos á los ya cometidos, fué expulsado de sus Estados por las fuerzas de la confederación de Suabia. Hutten tomó parte en esta campaña, pero no hizo tanto con las armas como había hecho con sus discursos, los cuales, á pesar de las exageraciones que indicamos mas arriba, son un brillante testimonio de su valor y entusiasmo, que arrebataron á todos los que los leían y escuchaban. En ellos su ira por el ultraje hecho á su familia, se transforma en dolor patriótico al considerar el triste estado del país alemán, en el cual semejantes iniquidades podían realizarse con desprecio de toda ley y de toda autoridad. La única esperanza de Hutten, como de todos los humanistas, era el emperador, cuya protección invoca en uno de sus discursos en estos tér-

minos: «Préstanos oído, oh protector de la inocencia, mantenedor de la justicia y de la libertad, amante de la religión; escuchanos, oh sucesor de Augusto, amante de Trajano, señor del mundo, director de la humanidad; aparta el terror general, salva lo que resta de la Alemania.»

Si grande era el entusiasmo de Hutten por el poder imperial, no fueron menores la ira y el odio que le inspiraron los enemigos y los que se burlaban de esta autoridad suprema, y por cierto no faltaban en el reinado de Maximiliano, poco respetado en la misma Alemania y menos en el extranjero. Su falta de energía se había hecho patente en la cuestión con el duque de Wurtemberg, y mientras los turcos amenazaban, invadían y saqueaban provincias alemanas, y los italianos apenas sabían enfrenar su odio al imperio al recordar sus pasadas guerras contra él, los príncipes alemanes cerraban los oídos á las órdenes del emperador y le dejaban aislado. Contra ellos escribió Hutten su discurso excitando á la guerra contra los turcos, y al mismo tiempo compuso epigramas mordaces contra los venecianos, que confiados en su posición geográfica y en su poderío, se reían del poder imperial. En todos estos escritos trató de fomentar el odio á los extranjeros, de exaltar las glorias pasadas de la nación alemana, de hacer brillar el poder existente del imperio y de probar que la raza germana no había degenerado y era todavía digna de su pasado. En una poesía que dirigió en este sentido al emperador á nombre de Italia, le recuerda sus deberes respecto de este país, al cual, imitando una poesía análoga de Petrarca, presenta como sediento del auxilio imperial, bien que su clamoreo no puede compararse con las repetidas súplicas del vate italiano, que era una de las víctimas de la desunión de su patria.

El gran sentimiento que causó á Hutten la vista de la impotencia de la autoridad suprema del imperio, tenía su origen en la triste situación á que había quedado reducida la baja nobleza, á que pertenecía, nobleza antes tan independiente como la mas encumbrada y poderosa. En el nuevo estado de cosas que desde la Edad media se había ido formando, no tenía la baja nobleza ningun puesto comparable al que ocupaba antes. El arte militar había cambiado rápidamente con la invención de la pólvora y con la formación de grandes Estados, que necesitaban soldados y no caballeros, y en su administración y diplomacia necesitaban servidores adictos, capaces é instruidos, cualidades que faltaban á los nobles, que no habían tomado ninguna parte, salvo contadísimas excepciones, en el movimiento intelectual. Hutten deseaba regenerar su clase y mejorar su posición, cuyas miserias conocía mejor que ningun otro. El ideal de la nobleza estaba para él personificado en su amigo Sickingen.

Para realizar su plan había que empezar por el restablecimiento del poder imperial, menguado entonces considerablemente por la intrusión de los papas en los asuntos interiores de Alemania; de aquí la necesidad de reducir ante todo el poder papal á sus justos límites, cosa que no podía lograrse sin oponer un dique á las incesantes exacciones de la curia, disminuyendo el número del personal eclesiástico, mejorando al propio tiempo sus cualidades y proveyendo las vacantes con hombres dignos é instruidos. La cuestión de quién había de nombrar estos servidores de la Iglesia, si el papa ó el emperador, apenas fué tocada por Hutten: solo tiene presente que el clero es el peor adversario del poder imperial y que por lo mismo es necesario que los diferentes príncipes y señores soberanos no aumenten con los nombramientos eclesiásticos el número de sus parciales y auxiliares contra el poder central. Hutten era enemigo declarado de estos señores y príncipes soberanos porque eran un obstáculo á

la independencia omnimoda de los caballeros nobles, á cuya clase quiere Hutten reintegrar en sus primitivos fueros é importancia en el nuevo imperio regenerado. Para esto pide que se forme un gran ejército imperial de soldados mandados por los caballeros, para sostener la paz interior y aumentar el poder imperial en el exterior. Este ejército debería ser pagado de los fondos y rentas que resultaran disponibles por la disminución del personal eclesiástico, y que en parte deberían emplearse también en objetos pacíficos civilizadores. Para la realización de su obra contaba Hutten con su amigo Sickingen, pero este tenía, como caballero que no conoce ley, un odio inextinguible á las ciudades, que fortificadas, productoras y bien defendidas como estaban, eran un obstáculo molesto y peligroso á las depredaciones, tropelías y atrocidades que los señores emprendían desde sus castillos fuertes ó como aventureros á la cabeza de sus bandas. Hutten en su diálogo: *Los Bandidos*, se declara contra estos desórdenes, como igualmente contra los mercaderes estafadores, los bandidos comunes, los juristas y eclesiásticos, y contra ellos excita el odio de los caballeros honrados para reconquistar la libertad con el exterminio de los malos. Finalmente, quiere que la población rural preste sus brazos á los caballeros y á las ciudades para luchar en favor del emperador contra los príncipes y el clero. Esta revolución y lucha, no ya las ideas de reforma, constituyen el fondo de los últimos escritos de Hutten, que anuncian en términos pomposos los grandes resultados que de su sistema se obtendrían, pero que no se obtuvieron porque los aliados que Hutten buscó sabían que el tiempo de la caballería había pasado y solo querían contribuir, á lo mas, al robustecimiento del poder imperial. El nuevo emperador, Carlos V, creía por su parte que podía pasarse muy bien sin el auxilio de los caballeros, que tan descabelladas recompensas pedían antes de prestar sus servicios.

Con todo esto mezclaba Hutten las ideas luteranas, las de la libertad del cristiano, y los ataques á la tiranía anticristiana del papado. Desde sus primeros escritos atacó al poder papal, primero indirectamente, hasta que poco á poco prevaleció esta idea sobre todas las demás, aunque influida temporalmente por motivos literarios, políticos ó religiosos relacionados con la Iglesia, ya porque sus representantes en Alemania eran adversarios de los nuevos estudios, ya porque la Iglesia explotaba escandalosamente al país, ya por la corrupción de los gobernantes de la Iglesia misma. Desde su estancia en Italia, donde le disgustó la conducta del papa Julio II, data su propaganda anticlerical. Después, de regreso á Alemania, le indignó la conducta de algunos cardenales nuncios del papa en Augsburgo y Worms, y luego le irritó también la extracción del dinero de Alemania con los pretextos de la guerra contra los turcos y de la construcción de la basílica de San Pedro en Roma. A estas quejas añade las enseñanzas de la historia, las cuales, según él, demuestran que ningun papa ha sido leal con ningun emperador de Alemania.

Para hacer la guerra á Roma, publicó, además de sus trabajos originales, varias obras del siglo XIV escritas en sentido hostil al pontificado, haciéndolas preceder de prólogos suyos, como la de Valla sobre la donación de Constantino, y una colección de polémicas y otros trabajos escritos para ilustrar la cuestión de la extinción del cisma entre Roma y Constantinopla, cuestión que en aquel siglo ocupó á los literatos. Entre sus escritos propios, son los mas notables dos diálogos titulados: *Fiebre primera* y *Fiebre segunda*. En el primero envía la fiebre que le atormenta á los canónigos regalados y corpulentos y á cardenales viciosos; la fiebre obedece, y en el segundo diálogo vuelve á dar parte de lo sucedido,